

TODAS LAS
CANCIONES DE AMOR
QUE SIEMPRE SONARÁN
EN LA RADIO

CRISTINA PRADA



Desde que conoció al excitante Ryan Riley, la vida de Maddie se ha vuelto explosiva. Junto a él ha disfrutado del amor más intenso que jamás hubiera imaginado, sin embargo, todo se ha complicado. Entre los padres de ambos, que no dejan de interponerse en su relación, la prensa, que está malmetiendo constantemente, y las intrigas empresariales, Maddie acaba replanteándose si debería casarse o no.

La vida de Ryan dio un vuelco inesperado el día que vio a Maddie por primera vez. La ama con todas sus fuerzas y hará lo imposible para impedir que sufra, aunque eso signifique protegerla de sí mismo y del estúpido error que cometió.

Nueva York los ha visto enamorarse, besarse, llorar, reír, y ahora los verá tomar las decisiones más difíciles de su vida y luchar por su historia de amor como nunca antes lo habían hecho.

Las calles de Manhattan serán testigos de este final de cuento de hadas moderno con un príncipe salvaje y arrogante que te enamorará.

Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y por
eso cada cosa que haga, cada palabra que escri-
ba, mi voz, te pertenecerán siempre.

1

—Maddie, ¿estás lista? —repite Lauren.

—No lo sé —musito.

Lauren y Álex me miran con los ojos como platos. Yo me siento sobre el delicado taburete del tocador y me llevo las manos a la cara. «¡El maquillaje!», me recuerdo en un grito mental y automáticamente las separo.

Afortunadamente, Vera Hamilton ha acompañado a los estilistas a la salida y Evelyn ha subido a ver a papá. Estamos solas. Para asegurarse de que siga siendo así, Álex va como una exhalación hacia la puerta y echa el pestillo.

—Explícanos ahora mismo qué quieres decir con eso de que no lo sabes —me apremia Lauren—. Vas a casarte en menos de una hora.

—Ya lo sé —respondo alzando la voz.

Estoy nerviosísima.

—Me alegra que por lo menos sepas algo —replica del mismo modo.

Yo la miro realmente mal y me levanto de un salto. Comienzo a dar breves e inconexos paseos y finalmente me dejo caer en el inmenso sofá blanco. De inmediato, Álex se sienta a mi lado y Lauren lo hace en el brazo del tresillo. No lleva ni un segundo sentada cuando se levanta de un brinco y camina decidida hasta una pequeña y elegante cómoda.

—Lo primero es lo primero —comenta con total seguridad.

Abre el primer cajón, saca su bolso y del bolso, una petaca. Se acerca a nosotras desenroscando el pequeño ta-

pón y me la tiende. Álex y yo la miramos como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—No me juzguéis —se queja retirando su ofrecimiento—. Soy una mujer de mundo y la petaca está llena de Martini Royale; eso es un cóctel, no es alcohol, lo que me convierte automáticamente en alguien con mucha clase.

Sin poder evitarlo, las tres rompemos a reír. Una risa cártica y liberadora que consigue que parte de la presión que siento en mis pulmones se evapore.

Lauren le da un trago a su petaca y me la pasa. Parecemos tres vaqueros de una vieja película del Oeste. Sólo nos falta una fogata y andar llevando ganado de un lugar a otro.

—Deberías distraerte —me dice Álex—. Desconectar de todo esto, aunque sólo sea un segundo. Puede que simplemente estés un poco superada.

La miro confusa. ¿Cómo se supone que voy a desconectar de mi propia boda a una hora de casarme?

—¿Cómo lo hago? —inquiero exasperada.

—No lo sé. Distráete —me apremia.

—¿Con qué? —pregunto aún más nerviosa.

Ésta es la conversación más ridícula que he mantenido en mi vida.

—Bentley y yo lo hemos dejado —suelta Lauren en un golpe de voz.

Las dos nos giramos a la vez y la miramos con los ojos más atónitos que este salón probablemente ha presenciado.

—¿Qué? —inquiero patidifusa—. ¿Cómo? ¿Cuándo ha pasado?

No sé a qué quiero que me responda primero.

—Ayer. Mutuo acuerdo y estoy bien, gracias.

—De esa frase la única palabra que es verdad es ayer —comenta Álex robándome la petaca de las manos.

Lauren le hace un mohín y Álex se lo devuelve.

—¿Por qué no nos lo has contado? —pregunto todavía muy muy sorprendida.

—Porque no quería arruinar tu boda...

Se interrumpe a sí misma y reflexiona sobre sus propias palabras un instante.

—En fin, que estaba buscando el momento adecuado —continúa deslizándose desde el brazo del tresillo al sofá, obligándonos a Álex y a mí a movernos.

Suspiro sin poder dejar de mirarla. No puedo creer que hayan roto.

—Me dais demasiado trabajo —se queja Álex a la vez que da un trago.

—Yo no te doy trabajo —protesta Lauren recuperando su cóctel para llevar.

—Yo tampoco —comento indignadísima.

—Por favor... «odio a Ryan, Ryan me gusta, quiero a Ryan, odio a Ryan otra vez, pero siempre me tiro a Ryan» —me responde dejándose caer sobre el respaldo del sofá.

La miro aún más indignada pero inexplicablemente al borde de la risa. Lauren intenta disimular una sonrisilla, pero Álex se gira hacia ella y vuelve a quitarle la petaca.

—Y tú eres la peor. «Quiero a James, odio a James, quiero a Bentley, odio a Bentley, quiero a Bentley pero le sigo haciendo ojitos a James».

—¿Por qué no hablamos de a quién le hace ahora ojitos James? —pregunta Lauren con la clara intención de escurrir el bulto de su vida sentimental.

Yo la asesino con la mirada. No es el momento.

—¿Te refieres a la «no sé si quiero ser la señora Riley»?

Lauren asiente.

—¿Lo sabías? —inquiero absolutamente perpleja.

—Claro que lo sabía —pronuncia con rotundidad—. Todos lo sabíamos. Creo que la penúltima persona en darse cuenta fue James y la última, tú.

Las dos sonrían de lo más impertinentes y yo frunzo los labios. Se están riendo a mi costa. Hoy no me lo merezco.

—La última en enterarse fue Lauren —comento socarrona robándole la petaca.

Ahora soy yo la que se ríe con Álex y Lauren la que asesina con la mirada.

—Pues no sé de qué te ríes —continúa Lauren, índice en alto—. Tu hermano es algo así como un gigoló del amor en nuestra pequeña pandilla.

Álex cesa sus carcajadas por completo, se gira hacia Lauren y la golpea en el brazo. Ella se queja con un «ay» y le hace un mohín. Yo las miro sin poder dejar de sonreír y al instante ambas hacen lo mismo.

Las tres nos quedamos unos segundos en silencio.

—Si James fuera un gigoló, ¿cuánto creéis que cobraría? —pregunta Lauren absolutamente en serio.

—Más de lo que te puedes permitir —sentencio dándole un trago a su petaca.

Ella me hace un mohín y Álex aprovecha para robarme la petaca, aunque inmediatamente Lauren se la quita de las manos.

Suspiro hondo de nuevo. No sé qué haría sin las chicas. Ahora mismo me siento más relajada y, a pesar de todo, he podido desconectar. Sin embargo, aunque es lo último que quiero, todas mis dudas siguen estando ahí, clavadas en el fondo de mi estómago.

—No sé qué hacer —confieso—. Creo que todo esto se nos está yendo de las manos. Nadie ve bien que nos case-mos.

—Eso no es verdad —me interrumpe Álex—. Hay mucha gente que ve bien que os caséis.

—¿Tú ves bien que nos case-mos? —me apresuro a interrumpirla exigente, mirándola directamente a los ojos.

Por primera vez en nuestra relación, la que parece el mentalista soy yo.

Álex abre la boca muy convencida dispuesta a decir algo pero, tras unos segundos, la cierra y resopla.

—Lauren —se queja.

Yo suspiro con fuerza.

—¿Lo veis? Mi padre ha venido prácticamente obligado, y sigue pensando que va a ser un desastre. El suyo está dispuesto literalmente a todo con tal de impedir esta ceremonia.

Quiero parar, pero las palabras atraviesan descontroladas mi garganta antes de que pueda contenerlas.

—Pero lo peor no es eso —continúo—. Ryan y yo no hemos dejado de discutir. A veces creo que no sabemos estar juntos.

Me siento como una auténtica perra desagradecida por estar diciendo esto en voz alta, pero no puedo evitar sentirme así. Estoy aterrada.

—Eso es una estupidez —me espeta Álex—. Puede que tenga mis dudas sobre esta boda —se sincera—, pero tenéis que estar juntos, sólo sois felices si estáis juntos.

—Jamás me alejaría de Ryan —sentencio, porque es la verdad—, pero no sé si puedo casarme con él.

Y eso también es la pura verdad.

En ese momento llaman con insistencia a la puerta. Las tres decidimos hacer oídos sordos. Sea quien sea, tendrá que volver más tarde. Esta crisis es nivel rojo intenso. Vuelven a golpear la puerta. Lauren se levanta, petaca en mano, dispuesta a echar a quien quiera que esté siendo tan inoportuno, pero se frena en seco exactamente en el mismo momento en que yo dejo de respirar.

—Maddie, soy Ryan.

2

Miro la puerta y me levanto sintiendo cómo me tiemblan las rodillas. Es la última persona que esperaba y esas tres palabras me han puesto todavía más nerviosa.

—Maddie —vuelve a llamarme.

Me acerco a la puerta con el paso tímido y titubeante. Apenas a unos metros, me vuelvo hacia las chicas y les pido con la mirada que me dejen sola.

Álex asiente y, viendo que Lauren no se mueve, sino que se acomoda, la coge de la mano y la arrastra hasta el baño mientras ella se lamenta.

Ya sola, suspiro hondo y cubro la distancia que me separa de la puerta. El corazón me late tan de prisa ahora mismo que creo que va a escapárseme del pecho.

—¿Qué quieres, Ryan? —Obligo a las palabras a atravesar mi garganta.

—Maddie, abre la puerta.

Él también suena nervioso.

—No puedo. Trae mala suerte que me veas con el traje de novia antes de la boda.

Le oigo resoplar al otro lado. Está muy inquieto.

—Eso es una estupidez —se queja—. Ábreme.

—Después de todo lo que ha pasado, ¿quieres hacer esto con una maldición encima?

Sonrí suavemente. Aunque no lo veo, sé que él también lo está haciendo al otro lado y automáticamente me relajo.

Alzo la mano y toco la preciosa madera blanca. En realidad, quiero tocarlo a él.

—¿Has traído a mi padre? —murmuro con la voz admirada.

Aún no puedo creerme que hiciera algo así por mí.

—Quería compensarte por lo que ocurrió ayer —contesta sin dudar.

—Si querías hacerlo, sólo tenías que haber hablado conmigo.

—Sabes que no se me da muy bien hablar.

Sonrío pero es una sonrisa fugaz y resignada que no me llega a los ojos. A veces me siento mal pidiéndoselo, como si no fuese capaz de aceptarlo tal y como es, pero es que no puede dejarme siempre al margen de todo.

—Lo sé —susurro triste—. Todo se ha complicado demasiado.

Ryan suspira con fuerza y noto cómo deja caer el peso de su cuerpo contra la puerta. Yo también lo hago. Ha llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa y sincerarme.

—Cásate conmigo —me interrumpe Ryan como si fuera capaz de leerme la mente, incorporándose de nuevo.

El aire se evapora en mis labios. Me ha pillado completamente por sorpresa.

—Sé que todo ha sido una locura y también que no te lo pongo fácil, pero cada vez que te he dicho que no sé vivir sin tocarte ha sido verdad, nena.

Suspiro de nuevo. Me siento desbordada.

—Ryan... —No sé cómo seguir, así que me decidido por contarle cómo me siento. Llegados a este punto, creo que es lo mejor—. Ryan, estoy muerta de miedo. A veces pienso que todos tienen razón. Follamos como locos y discutimos como locos —sentencio recordando sus palabras—, ¿cuánto va a durar eso?

—Durará lo que queramos que dure —replica sin asomo de dudas—. Maddie, yo... —Se frena y puedo notar lo inquieto, lo acelerado que está—. Joder, sería infinitamente

más fácil si abrieras la maldita puerta —protesta—. ¡Stevens! —grita.

Sobresaltada, me giro hacia la puerta del baño sin comprender nada y me sorprendo aún más al encontrarlas a las dos bajo el marco. Han estado escuchando toda la conversación.

—Ese cabronazo es el hombre más romántico del mundo —comenta Lauren secándose las lágrimas con un pañuelo de papel, con mucho cuidado de no estropearse el maquillaje.

—¡Stevens! —vuelve a llamarla—. Mueve tu culo hasta aquí o te despido.

Ella pone los ojos en blanco y rápidamente pasa junto a mí y agarra el pomo de la puerta. No entiendo nada. Me hace un gesto para que me aparte y sale con el máximo cuidado, impidiendo cualquier posibilidad de que Ryan vea nada.

Les oigo murmurar y finalmente Lauren regresa a la habitación. Cierra la puerta y camina con una sonrisa de oreja a oreja hasta mí. Lleva algo a la espalda.

—¿Qué? —pregunto sin poder contener un segundo más ni mis nervios ni mi curiosidad.

—Ryan me ha pedido que te dé esto y que te diga que te espera en el altar.

Saca su mano de la espalda y me tiende la grulla azul de origami. Es la misma que me llevé de la azotea cuando me propuso matrimonio y la misma que utilicé para pedirle que me perdonara. La cojo y sonrío como una idiota. Mi mente se pasea feliz por aquella azotea entre todas esas luces y grullas de colores. Suspiro. Ahora mismo sólo puedo pensar en cuánto le quiero y en que, aunque sea complicado, pasar la vida con él es lo único que deseo.

—¿Hay o no hay boda? —pregunta Álex nerviosa.

—Sí —respondo feliz.

Las tres sonreímos exaltadísimas.

—Menos mal —comenta Lauren aliviada—. No te haces una idea de lo guapísimo que está. Si llegas a decir que no, cuando lo hubieses visto, te hubieras pegado un tiro por idiota.

Mi amiga asiente su propia teoría y las tres nos echamos a reír.

En ese momento Vera Hamilton entra en la habitación seguida de mi padre. Lo miro y no puedo evitar sonreír de nuevo. Él me devuelve el gesto. Supongo que, aunque no esté de acuerdo con nada de esto, ver a su hija pequeña de blanco y feliz le ha ablandado un poco.

—¿Maddie, estás lista? —Quiere saber la organizadora de bodas.

—Sí —contesto.

Las chicas se apresuran a coger nuestros ramos de flores. Álex me entrega el mío y me guiña el ojo. Cojo la grulla y la escondo entre las rosas de mi ramo. Estoy más nerviosa que en toda mi vida, pero al mismo tiempo sé que va a salir bien.

Atravesamos la mansión de los Riley y nos detenemos justo en la salida al jardín. Vera se adelanta con las chicas y a los pocos segundos un cuarteto de violines comienza a tocar una preciosa versión del *Canon en Re mayor*, de Johann Pachelbel.

Vera nos hace un gesto y mi padre y yo cruzamos las elegantes puertas de madera y cristal hacia el deslumbrante exterior. En ese preciso instante la música cambia y empieza a sonar la *Marcha nupcial*. Suspiro sorprendida y por un momento soy incapaz de echar a andar. Todo está sencillamente precioso. La enorme pérgola que siempre he visto en este jardín ha sido sustituida por una aún mayor que, sin embargo, deja pasar la tenue luz de la mañana de mediados de septiembre. Todo está lleno de fantásticas flores blancas y, frente a los centenares de invitados, se levanta una pequeña tarima de madera clara elevada un par de escalones del suelo. Como cenador, un juego de sábanas

blancas cae desde la pérgola con pequeñas luces escondidas entre ellas. Bajo él está Ryan, y ya no puedo mirar nada más. Lauren tenía razón. Está guapísimo. Lleva un traje negro de corte italiano de tres piezas, una elegante camisa blanca y una corbata negra. Como perfecto remate, una rosa roja a punto de florecer brilla intensa en su solapa.

Cuando nuestras miradas se encuentran, me sonrío de esa manera que creo que reserva sólo para mí y me siento llena por dentro.

Al fin comenzamos a caminar. Siento todas las miradas de los invitados sobre mí, pero la única que me importa es la de Ryan. A unos pasos de la tarima, mi padre se detiene y yo lo hago con él. Ryan sale a nuestro encuentro. Me giro despacio hacia mi padre y le sonrío, intentando transmitirle lo feliz que me siento en este momento.

—Muchas gracias, papá —susurro.

Él asiente y me da un beso en la frente.

—Siempre voy a estar a tu lado.

Sé que con esa frase ha querido decir mucho más que un simple «no me hubiera perdido tu boda». Me está dejando claro que, ocurra lo que ocurra con mi matrimonio, siempre podré contar con él.

Ryan llega hasta nosotros. Mi padre lo observa un segundo y, a regañadientes, suelta mi mano para ofrecérsela a él. No alarga más el momento y camina hasta sentarse junto a Evelyn. Ryan me dedica su espectacular sonrisa. Tira suavemente de mi mano y me lleva al centro de la tarima.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy aquí...

Durante la ceremonia, todo son miradas cómplices y sonrisas con las chicas, con James y, sobre todo, con Ryan. Lauren no deja de llorar, y ante la risa de todos por las entrecortadas disculpas de mi amiga, Bentley acaba acercándose a ella para darle el pañuelo que asomaba elegante y perfectamente doblado en su chaqueta. Esos dos aún están enamorados, más de lo que se creen.

—Yo, Ryan Riley, te tomo a ti, Maddison Audrey Parker, como esposa y prometo serte fiel y respetarte en las alegrías y en las penas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad todos los días de mi vida.

Sonrío como una idiota mirándolo mientras dice cada palabra. El corazón me late tan rápido que temo desmayarme en cualquier momento. Ryan toma mi mano con cuidado y desliza sobre mi dedo una preciosa alianza de platino.

—Yo os declaro marido y mujer.

Toma mi cara entre sus manos y me besa con una sonrisa en los labios, la misma que estoy segura que reflejan los míos.

Todo esto es una locura, pero es nuestra locura.

3

Camino entre las mesas dispuestas a lo largo de todo el jardín de los Riley. Mis pasos resuenan sobre el elegante y reluciente suelo de madera. Miro a mi alrededor disfrutando de cada rincón. No me canso de repetir que todo está precioso. Es como un sueño.

Mientras lo observo todo con admiración, sin quererlo, mi mirada se cruza con la de Ryan. Está a unas mesas de distancia, charlando con Spencer y los chicos. Sujeta una copa de *champagne* rosado y, al llevársela a los labios, su mirada azul atrapa la mía por encima del carísimo cristal.

Sonrío tímida y decido apartar la vista. Ahora mismo está demasiado guapo como para decirle que no a nada.

Aún con la sonrisa en los labios, llego hasta la mesa donde mi padre y Evelyn charlan con Sam.

—Estás preciosa —dice Sam levantándose y caminando hacia mí—. Ven aquí y dale otro abrazo a este viejo pesado —añade estrechándome entre sus brazos.

Me aprieta tan fuerte que me hace reír.

—Déjame de una pieza —me quejo divertida.

Sam sonrío y me suelta a la vez que me hace un gesto para que me siente junto a él.

—¿Adónde va a llevarte tu maridito de luna de miel? —me pregunta.

—No lo sé. Es una sorpresa.

No puedo disimular lo encantada que estoy con la idea. Me parece de lo más romántico.

Evelyn suspira fascinada. Claramente, a ella también le parece de lo más romántico. Se agarra al brazo de mi padre